

como la ecología, dada la demanda de habitación que se calcula habrá en las próximas décadas. Plantea que, "... la arquitectura vernácula es la única arquitectura verdaderamente sostenible comprobada por el tiempo. En sus múltiples manifestaciones se ha desarrollado a lo largo de los siglos cambiando o adaptándose según las necesidades en diversos entornos y la naturaleza del crecimiento familiar y social" (p. 265).

La calidad de edición y contenido de la mayoría de capítulos del libro es un justo tributo a Valerie y Paul Oliver. Además hace una contribución al campo de la arquitectura y asentamiento vernáculos por contener tanto trabajos nuevos como trabajos que muestran el avance del pensamiento de algunos pioneros del campo. Sin duda que así como ciertas obras despertaron interés en el campo de estudio en los años 70, este libro lo hará en estos primeros años del siglo XXI.

Juan Fernando Bontempo
Arquitecto, Depto. de Estudios de la Cultura Regional, UdeG.

Jaime Olveda, *Con el Jesús en la boca. Los bandidos de los Altos de Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2003, 211p.

En 1959 el historiador Eric Hobsbawm publicó *Rebeldes Primitivos*, un estudio que se convirtió en referencia obligada para los interesados en conocer las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX, así como las características de uno de sus protagonistas: el "bandido social". Sin embargo, algunas investigaciones, entre ellas la que aquí nos ocupa, han mostrado los límites de la tipología que ofrece Hobsbawm para el caso de México. ¿Cómo fue el bandido que acechaba los caminos de una región del occidente mexicano a lo largo del siglo XIX? ¿Cuáles fueron las circunstancias que le dieron origen y facilitaron sus actividades? ¿Cómo se relacionó con los distintos grupos sociales y en qué consistieron las políticas que intentaron eliminarlo?

Estas son algunas de las preguntas que Jaime Olveda busca responder a partir de la historia de los principales bandidos que asolaron a los Altos de Jalisco durante un periodo de guerras, conflictos políticos y económicos, pero sobre todo de evidentes rupturas socioculturales.

Rastreando infructuosamente un caso particular, el de un bandido conocido como “El Maravilloso”, el autor encontró a cambio un nutrido grupo que actuó al margen de la ley y de la moral social y que le permitió conocer una de las tantas formas de respuesta social ante una profunda crisis, la desatada por el difícil proceso de constitución del estado nacional moderno.

A través de la historia de los bandidos que controlaron principalmente los caminos desde Guadalajara hasta la feria de San Juan de los Lagos, el autor hace evidente la fuerza con la que las transformaciones económicas decimonónicas golpearon a los más desprotegidos, a hombres de carne y hueso que buscaban en “el ser bandido” una forma de sobrevivir y de obtener poder para su propio bien. Pero la investigación no se limita a investigar a dichos grupos: una amplia sección del libro está dedicada a analizar las políticas, leyes y medidas con que las autoridades intentaron controlar el bandidaje en ésta y otras regiones. Al narrar el fracaso de dichos intentos, el autor exhibe la debilidad con que los gobernantes de distintas facciones e ideologías trataron de imponer leyes que finalmente conformaron un rosario de contradicciones y que retardaron la estabilidad social ante el fenómeno del bandidaje.

Por otra parte, y siendo tal vez uno de los aspectos más interesantes, el estudio analiza las prácticas con las que los grupos de poder económico y político rompieron con los mínimos preceptos de ética y apoyaron a ciertos bandidos para su propia protección, para conservar sus beneficios y privilegios e incrementar sus cotos de dominio. Es así como se explica en buena medida la permanencia del bandidaje durante varias décadas y la poca eficacia de la legislación que intentaba ponerle fin.

Con el Jesús en la boca..., expresión popular de la época que indica el estado de incertidumbre y temor con que vivía la población ante posibles ataques, Jaime Olveda no solo aborda el estudio del bandido, sino de la región misma. Por el tipo de asuntos que intenta explicar, Olveda atiende la organización interior de lo que conocemos como los Altos de Jalisco, distinguiendo fracciones o zonas (una ubicada a la izquierda del Río Verde ligada al sur Zacatecano, otra en la zona sur de los Altos ligada a la márgenes del Lago de Chapala y de Guadalajara, y una más, la de los altos de los Altos, la de Ojuelos, Lagos y San Juan de los Lagos ligada al Bajío Guanajuatense y a Aguascalientes) que permiten acercarse a la complejidad con que el bandidaje se presentó en una región que tiende a verse con un mismo tipo de características. Lo cierto es que uno de

los aciertos de Jaime Olveda fue la reducción de la escala de investigación, gracias a la cual fue posible recuperar el detalle necesario para conocer los atributos de los bandidos más representativos y de sus fechorías, los momentos y lugares en los que cometieron sus atracos, y la reacción que mostró la sociedad y los grupos gobernantes ante ellos en distintos momentos y acontecimientos.

Utilizando fuentes hemerográficas y documentos de primera mano provenientes de archivos públicos de la ciudad de México y de Guadalajara, el autor bosqueja los grupos de bandoleros de esta región favorecida por su ubicación estratégica, y atiende los factores que promovieron la creación y el desarrollo de dichos grupos. Sin embargo, también comprueba que la precisión de la región no es garantía de que se resuelven todos los problemas metodológicos; es, finalmente, un trabajo que invita a la comparación con otros casos para mostrar la complejidad con que el fenómeno tuvo lugar durante el siglo XIX.

En relación con otras investigaciones que han abordado a los bandidos en Jalisco, como la de William Taylor, o la protesta social en Guadalajara, como las de Eric Van Young, el estudio de Jaime Olveda plantea preguntas novedosas que tienen que ver con las redes de parentesco y las relaciones de solidaridad propias de la región alteña como factores importantes para el desarrollo de grupos de bandidos. Además, otros elementos son considerados con notable insistencia: la crisis económica derivada del incremento demográfico y de la acelerada fragmentación de la tierra; la reacción social ante una legislación paleativa y desesperada contra el bandidaje que no hizo sino agravar la situación y evidenciar la incapacidad de las autoridades para llevar a cabo las políticas de control.

Aún cuando se trata de una obra más breve y sencilla que la que, por ejemplo, ofrece Laura Solares para el caso de Michoacán (*Bandidos somos y en el camino andamos, México, 1999*), la investigación de Jaime Olveda viene a llenar un vacío al recuperar documentos de primera mano sobre un tema que interesa no sólo a historiadores especialistas, sino a un amplio sector de la sociedad alteña. Probablemente por ello, el autor recurre a una prosa sencilla y clara, y a una limitada interlocución con los principales debates que plantea el estudio del bandidaje. Sin embargo, me parece que a partir de las indagaciones de Olveda, quedan algunos pendientes de tipo teórico y metodológico que tendrían que ser abordados en algún momento por los investigadores interesados en estos temas.

Uno de ellos es dar cuenta del significado que “bandido” tiene en la época estudiada, tanto para la sociedad en general como para las autoridades que trata-

ron de contrarrestar su actividad. Resulta interesante saber que al bandido se le consideraba también como guerrillero y como vago cuando, por ejemplo, el “vago” decimonónico refería asimismo al músico de cantina o al huérfano.

Por otra parte, la investigación sugiere que en la región actuaron distintos tipos de bandidos: el que actuaba en nombre de alguna facción política, del aprovechado, del que llegaba al grito de “¡viva la religión!” o de aquel a quien nadie se debía. Queda por preguntar si estos tipos son comparables con los presentes en otras regiones, y si con este esfuerzo de comparación sería posible la elaboración de una tipología del bandido en México, tal vez más similar a la presente en otros países latinoamericanos.

Pero el problema de las definiciones y distinciones entre bandidos parece estar muy relacionado con la necesidad de un análisis más detenido de las causas del bandidaje. Si bien es pertinente considerar las transformaciones y a la depresión económica como generadores del fenómeno, la presencia del bandido en tiempos de crecimiento económico, -como el mismo Olveda lo señala- estaría sugiriendo que la anterior relación de causalidad es insuficiente. En este sentido resulta interesante la propuesta de incluir otros factores, como lo es el de la “experiencia de exclusión” por parte de algunos individuos, que no es necesariamente la que se da en el plano económico. También habría que considerar el análisis del impacto de las nuevas formas de autoridad (estudiadas hace décadas por Barrington Moore), ante las cuales la sociedad no es indiferente. Si bien es cierto que Olveda atiende con rigor buena parte de las leyes y decretos relacionados con los bandidos, valdría la pena ampliar la lupa y considerar otro tipo de políticas que, en su momento, generaron frustración o descontento.

Por otra parte, discutiría el sentido utilitario y desesperado que en cierta manera se atribuye a algunos gobernantes al emitir determinadas leyes o decretos. Para el autor, por ejemplo, el indulto ofrecido por Benito Juárez a los bandidos tenía el objetivo de engrosar sus grupos de apoyo. Posteriormente, la oposición de Ignacio L. Vallarta a la pena de muerte contra bandidos se ve con el objetivo de integrarlos al servicio de las armas o de obras públicas. Creo pertinente abrir la posibilidad de que estas políticas respondieran también a idearios propios de los distintos pensamientos que circularon en la época, y no solo al pragmatismo exigido por el momento. No obstante, la revisión que Olveda ofrece sobre la legislación de la época en relación con el fenómeno del bandi-

daje, resulta muy útil e invita a una reflexión sobre las nuevas atribuciones que el Estado fue adquiriendo o que le fueron otorgadas.

Sin duda alguna, por el sólido panorama y el minucioso detalle que el libro ofrece sobre el tema, la región y el periodo, este trabajo es recomendable para un amplio público. Pero también lo es para un público más especializado, gracias a las fuentes documentales que lo sustentan y a las nuevas vetas de investigación que sugiere.

Rosa Vesta López Taylor
Historiadora, Centro Universitario de Los Lagos, UdeG.

El vacío de la crítica al mercado.

Pascal Bruckner, *Miseria de la prosperidad*, Tusquets Editores, Barcelona, 2003, 232 pp.

Vaya problemas que tienen los consumidores en estas épocas. Hay tantas opciones para escoger en el mercado que eso les provoca estrés. Según Peter Sealey, profesor de mercadotecnia en la Haas School of Business de la Universidad de California y ex director de mercadotecnia de *Coca-Cola*, después de la segunda guerra mundial y sobre todo a partir de los años 80 del siglo pasado, las empresas estadounidenses y europeas empezaron a lanzar montones de variedades de sus artículos para cautivar al consumidor y aumentar las ventas, lo que provocó en muchos casos una complicación innecesaria y una paradoja: el exceso de riqueza se convirtió en un elemento de angustia para el ciudadano común que ya no puede ir tranquilo ni siquiera al supermercado a comprar una pasta de dientes o un analgésico, porque tiene que escoger entre decenas de presentaciones.

En unos cuantos años, *General Motors*, por ejemplo, pasó de tener dos divisiones de autos, *Chevrolet* para el segmento popular y *Cadillac* para el más lujoso, a cinco divisiones que, entre todas, manejan 67 marcas diferentes. El mercado se volvió contra el mercado: las empresas ni siquiera tienen tiempo de explicar para qué sirven todas las variantes de un mismo producto o de mantener un abasto continuo y una calidad uniforme. Y el mercado empezó a aprender y ahora las grandes compañías multinacionales –con un empujón de parte de las